

BOLETÍN DE LAS NOTICIAS DEL

DEL

Obispado de Astorga.

SALE ESTE PERIODICO TODOS LOS JUEVES.

Se suscribe en esta ciudad en la redaccion del mismo y casa de D. Antonio Gullon: en
y en la de los SS. Viuda é Hijos de Miñon.

PRECIO 24 RS. AL AÑO Y 6 POR TRIMESTRE FRANCO DE PORTE.

SANTA VISITA.

S. S. I. la continúa en el arciprestazgo de Omaña y hoy se hallará en Posada, última mansion del mismo.

S. M. la Reina (Q. D. G.) se ha dignado nombrar á Don Bruno Gonzalez, párroco de Hoyuelos, en la diócesis de Segovia, para una de las canongías que, conforme al concordato, ha de haber en la santa Iglesia catedral de Pamplona.

Noticias del Obispado.

DISPENSAS.

La embancadas en el mes de Marzo

están ya despachadas en poder de los respectivos procuradores de este tribunal eclesiástico.

NOTICIAS GENERALES.

El *Diario de Roma* del 28 de Agosto anuncia que el dia anterior habia salido para Francia Mons. Alejandro Franchi, arzobispo de Tesalónica, internuncio apostólico cerca de S. A. R. é I. el gran duque de Toscana.

Los periódicos alemanes anuncian que el 28 de Agosto llegó á Viena, el príncipe Chigi, arzobispo de Myra, que va á San Petersburgo con una mision particular del Santo Padre, y dicen se espera que el resultado de este viage será el arreglo de las cuestiones pendientes entre las Cortes de Roma y de San Petersburgo.

Postal del Sr. Arzobispo de Santiago.

(Continuacion.)

Antes de terminar este pálido bosquejo de un espectáculo brillante, levantemos la punta del velo que cubre el corazón de las madres. Aquí están las inmolaciones terribles, las espadas que quedan sepultadas en la herida; aquí están también los consuelos inefables que Dios derrama sobre todas las heridas que se reciben por el amor santo del deber. A la manera que nosotros volvemos á encontrar los sentimientos de los mártires en esos hombres que mueren con alegría por la causa pública, así, siempre que una madre cristiana rompe el silencio, reconocemos aquellas verdaderas hijas de la Iglesia, que sin vanagloriarse de un heroísmo bárbaro, saben, sin embargo, amar antes que todo, y mas que todo, el alma de sus hijos. Una de estas, anunciando la partida de su hijo único, escribía al P. de Damás.

«Yo lloro, y, sin embargo, soy feliz. Siempre he deseado que mi hijo fuese un buen servidor de su patria y de Dios. En Francia se perdería en la ociosidad y en la disolución. En Crimea los padecimientos y la presencia continua de la muerte le traeran sin duda á mejores sentimientos, y sus fuerzas y su tiempo se consagrarán al ejercicio de nobles deberes. ¿Qué mas puede desear una madre? Sucumbirá acaso en la lucha; pero quedará ase-

gurada su felicidad eterna. Entonces me cubriré llorando con mis vestidos de luto, que no dejaré mas, y pobre viuda separada de su hijo, consagraré mi vida á las buenas obras, para alcanzar de Dios que me reuna eternamente á los que yo amo.»

Hasta aquí el extracto de la obra citada.

Son tan elocuentes de suyo, amados hermanos nuestros, los rasgos que ofrece el magnífico cuadro que acabamos de ofreceros, trazados por mano fiel en medio de una multitud inmensa de testigos presenciales de los hechos que en él se representan: hablan estos de una manera tan dulce y enérgica al corazón, que hemos dudado si deberíamos añadir á ellos alguna reflexión, ó dejar á cada uno de vosotros entregado á las que el espíritu del Señor le sugiriese. No os diremos todo cuanto se nos ocurre: esto quizá serviría para desvirtuar las vivas y favorables impresiones que la lectura de las líneas que preceden habrán sin duda hecho en vuestros corazones. Nos concretaremos á hacer algunas breves indicaciones, que, sin ocasionar el inconveniente indicado, ós conduzcan á un campo espacioso de consideraciones muy consoladoras para los buenos, capaces de turbar en las vías del error y del desorden á los malos, y para todos en gran manera instructivas y oportunas.

Sea la primera lo que ya antes hemos querido insinuar. Dios pudiera en esta, como en otras ocasio-

nes, ocultarnos sus designios, siempre justos, siempre benéficos, siempre santísimos, dando con esto ocasion á los corazones robustos en fé para merecer mas y mas en la práctica de aquella saludable máxima de San Agustin: «No seas demasiado curioso en inquirir é investigar, porque bien puede ser que la causa sea oculta, pero no puede ser que sea injusta.» Empero en vez de encerrar su accion en la nube del misterio, nuestro buen Dios se ha dignado darnos á conocer la grandeza de su bondad y la santidad de sus juicios con el espectáculo de tantas, tan públicas y tan admirables conversiones obradas con ocasion de uno de esos acontecimientos que á primera vista solo parecen ofrecer al mundo conternado motivos de llanto y gemidos. ¿No es verdad, amados hermanos nuestros, que durante el curso sangriento de esa guerra que iba tomando proporciones espantosamente amenazadoras, vosotros apenas acertabais á ver mas que una matanza horrible de hombres, que, fuese cual faese la razon de los principales contendientes, cuyo juicio dejamos á Dios, que *juzgará las justicias* de la tierra, desaparecian del mundo segados por la muerte, dejando cubiertas de luto y desolacion á innumerables familias? Pues ahora podeis ya ver otra cosa, y esclamar cada uno de vosotros con el Rey Profeta: *Segun la muchedumbre de mis dolores en mi corazon, vuestras consolaciones, Señor, alegraron mi alma.* Ahora veis que

en medio de ese teatro de sangre y de horrores andaba Dios derramando el bálsamo vivificante y saludable de su gracia en corazones lacerados por el aguijon de la culpa, y haciendo reflorar para el cielo almas agostadas por el soplo del abismo. Gloria y accion de gracias al Padre de las misericórdias y Dios de toda consolacion.

Los sucesos á que nos referimos, mirados á la luz que despiden las verdades augustas de nuestra fé, nos recuerdan naturalmente un pensamiento de San Bernardo, que por lo oportuno queremos daros á conocer.

Habia el santo abad promovido, por órden del Sumo Pontífice, una expedicion de tropas cristianas á Jerusalem en socorro de las que, despues de haberla tomado, se hallaban en grande aprieto situadas por los infieles. No habiendo tenido la expedicion el éxito que se deseaba, pues pereciendo el ejército cristiano que se dirigia á Jerusalem, no pudo esta ciudad ser so orrida, las lenguas indiscretas se desataban en quejas y murmuraciones contra el Santo, no acertando el comun de las gentes á ver en el suceso sino lo que tenia de desgraciado. Holgábase el humildísimo siervo de Dios, de que contra él se dirigiese la maldicencia, y que se respetase la providencia del Señor. No obstante, para justificar mas y mas á esta, y consolar á los fieles en lo que muchos creian una gravísima pérdida sin fruto alguno, escribió al Papa Eugenio III, recordándole muchos

pasajes de la sagrada historia, en los cuales se veia cómo en varias ocasiones, el antiguo pueblo de Dios, aun despues de haber recibido órden del mismo Señor para pelear, habia sido derrotado en la pelea; lo cual bien denota cuán de respetar y adorar son los designios del Arbitro Supremo, ora en el triunfo, ora en el vencimiento material de los mismos que se consagran á la defensa de su causa. El gran consuelo del Santo en esta tribulacion terrible con que el Señor probaba su fidelidad, era el pensar que si la Iglesia de Oriente no habia sido socorrida como se descaba, la Iglesia del cielo habia sido enriquecida con insignes trofeos: que si la Jerusalem terrestre no habia sido libertada, la Jerusalem celestial habia aumentado considerablemente el número de sus habitantes, y que si Dios habia querido con aquella ocasion dar libertad, no á los cuerpos de algunos fieles oprimidos por los mahometanos en Oriente, sino á muchas almas de los que en Occidente eran cautivos de Satanás, ¿quién podía quejarse, ó decir al Señor: «Por qué habeis obrado así?» Que cualquier hombre, añadia, de buena fé y recto corazon debia temer mas por los que se habian librado de la muerte que por aquellos que despues de haber pasado por varias tribulaciones y purificado sus almas las habian entregado al Señor, el cual, como habia dicho Salviano, no quiere tal vez que en estas calamidades perezcan todos, sino herir á una parte con la

espada de su sentencia, y enmendar la otra con el ejemplo; mostrar á todos su severidad con el castigo de unos, y su benignidad con el perdón de otros.

Aprended, pues, amados hermanos nuestros en Jesuérsto, á adorar con profundo rendimiento los juicios altísimos del Señor, aun en aquellos casos en que no acerteis al pronto á ver con claridad la razon de sus obras y el objeto de sus miras, siempre santísimas. Bástenos saber, para conservar la tranquilidad del espíritu y no abandonar jamás la confianza, que Él es la sabiduría por esencia, la justicia absoluta, la bondad sin límites: que todo cuanto en este mundo pasa esta patente á sus ojos; que no cae un cabello de nuestra cabeza ni se mueve la hoja del árbol sin la intervencion de su voluntad; que Él es el que mortifica y vivifica, abate y eleva, y que ora amenace, ora hiera, ora parezca que abandona por un instante, nunca jamás es un tirano que se complazca en ver correr las lágrimas y la sangre de sus siervos sin mas objeto que el de dar pábulo á su furor, sino un padre bondadoso y ternísimo, que todo, aun los mas duros y formidables azotes, los ordena á nuestro bien.

¡Oh! No os fatigueis, os rogamos, amados hermanos nuestros, en querer ver en cada uno de los sucesos, grandes ó pequeños, que pasen á vuestra vista, las razones todas de los decretos ó permisiones divinas: contentaos con las que Dios mismo se digne insinuaros por los

medios ordinarios y legítimos que tiene establecidos, que siempre tendreis motivos mas que suficientes para admirar su sabiduría y bondad. Esperad sin turbaros, que un dia será en que la justicia de Dios se manifieste en toda su plenitud al mundo asombrado. Entonces vereis la razon de todo: *Tempus ouinis rei tunc erit.* Entonces admirareis la sabia economía de esa Providencia que gobierna el mundo, cuyos consejos ahora en parte se nos dan á conocer, y en parte se nos ocultan bajo el velo del misterio. Entonces leereis en el libro de Dios la historia fiel y exacta de los sucesos humanos, y aprendereis á conocer con cuánta razon decía el Profeta: *Cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, otro tanto distan, dice el Señor, mis caminos de los caminos de los hombres, y mis pensamientos de los vuestros:* y el Apóstol: *¡Oh alteza de las riquezas, de la sabiduria y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprendibles son sus juicios é impenetrables sus caminos!*

Mientras llega ese dia de la revelacion del Señor, guardémonos de querer rasgar el velo de sus secretos, porque escrito está que el investigador imprudente de la Magstad será oprimido por el peso de su gloria. Todo monarca tiene sus secretos, todo gobierno sus misterios; y ¿no los ha de tener Dios en en la direccion de este mundo? ¿Qué sería Dios si nosotros le comprendiésemos, y cuál su gobierno si nosotros hubiésemos de alcanzar todas las razones de sus obras y de

sus permisiones? Bastante se nos ha revelado para amarle, bendecirle, adorarle y darle gracias en todo, segun el consejo del Apóstol: *in omnibus gratias agite.*

Otra reflexion que nos consuela en gran manera, y debe tambien consolaros despues de haber leido las interesantes noticias que preceden, es que los hechos admirables que se refieren hayan ocurrido en lugar y tiempo oportunos para que pudiesen ser observados con atencion por los enemigos del catolicismo. Los sectarios de Mahoma, en su fatalismo estacionario y materializador; los cismáticos en su cristianismo petrificado, en espresion de un profundo pensador católico; los protestantes en sus mortales ánsias por ostentar vida y vigor que no tienen, han podido y debido observar, quizá no sin fruto, algunas de esas escenas en que la vista del peligro hacía revivir en los pechos de los aguerridos y valerosos católicos los sentimientos que, inspirados un dia en sus corazones por una madre piadosa, y adormecidos tal vez despues al murmullo de una sociedad indiferente ó descuidada, vinieron por fin á hacer resignado, tranquilo, y hasta dulce su tránsito del campo de batalla al reposo de la eternidad. Y el celo infatigable de los sacerdotes católicos, mártires del deber, puesto en contraste con la vida cómoda y nunca espuesta á grandes sacrificios de los pastores y ministros de las sectas, y la abnegacion de las Hijas de la Caridad, llevada hasta

el heroismo más acendrado, y su adhesión constante al infortunio, sus servicios y angélicos consuelos prodigados á la desgracia, sus socorros á las víctimas del dolor, cualquiera fuese su procedencia (porque la caridad es el sol de la vida, que á nadie niega sus rayos), sus ansias ardorosas por salvar para la tierra ó para el cielo á los que padecen, su familiaridad cariñosa con la sangre, la podredumbre y la muerte... ¿nada dirán al corazón de esos infelices, dignos de toda nuestra compasión, que se hallan separados del gremio de la verdadera Iglesia, única madre y maestra de tanto heroismo, y fuera de la cual no se han visto ni se verán jamás tales portentos?

¡Ah! Esperemos, amados hermanos nuestros. Dios esparce de la manera que le place la semilla santa de la verdad. No sabemos lo que tardará en germinar, pero confiamos: ella es fecunda, y la bendición del Altísimo puede hacerla producir fruto centuplicado. Pidámosle que la fomenté y la riegue: pidámosle muy de veras, y sin cesar, y aguardemos tranquilos y en silencio su hora. ¿Quién sabe si esta llegará cuando la impiedad crea llegada la saya? Escrito está que, cuando los enemigos de Dios dijeren «paz y seguridad,» entonces les sobrevendrá repentina destrucción: *Cum dixerint pax et securitas, tunc repentinus eis superveniet interitus.*

Sí, quizá cuando los hijos del terror y de las tinieblas esclamen en la embriaguez de su soñado triun-

fo: «Ya todo está acabado, el infame ha muerto; su familia se halla dispersa; sus oráculos enmudecieron, ó ya no son escuchados; llegó el día suspirado de la grande emancipación de la humanidad; ya no hay Dios; ya no hay Cristo...» quizá entonces, cuando suenen en el mundo estas espantosas blasfemias, y los débiles en la fé esclamen: *Grande es el poder de la bestia, y ¿quién podrá resistirla?* Entonces será el día grande del Señor, que sin espada, con el aliento de su boca matará al impío y disipará la impiedad, y los desiertos del error brotarán flores, y la tierra se llenará del perfume santo de la verdad, que atraiga á los mismos que, desconociéndola, la blasfemaban. ¿No os parece un ensayo de este solemne triunfo lo que acaba de suceder en el teatro de la guerra de Oriente? ¿No os dá esto una grande y consoladora idea del poder y de la bondad de Dios, á quien nada hay que resista?

Vosotros, amados hermanos nuestros, que vivís de la fé, y podéis acelerar ese triunfo de la verdad, si viviendo una vida conforme á sus máximas, eleváis un día y otro día vuestros clamores al cielo, diciendo al Señor: «Venid, venid, Señor Jesús; venid á reinar en todas las inteligencias y en todos los corazones por la fé y por el amor»

La fé es poderosa para trasplantar los montes, y unida á ella la oración pura y fervorosa, renueva el mundo y le transforma. Y ¿qué será si, para lograr lo que pedís,

interesais á la dulce y poderosa Madre del Salvador, la Inmaculada María? ¡Oh brillante estrella del cielo, astro luminoso de vida y de esperanza! Ella, no lo dudemos, ella vendrá á esclarecer con sus resplandores este caos de error y de iniquidad en que se agita fatigosamente el mundo. Si tarda un poco, no desmayeis; ella vendrá á servir de guía á tantos infelices naufragos cuantos son los que, ó no han recibido la fé católica apostólica romana, ó la han perdido despues de haber tenido la dicha de recibirla. Los guerreros de la Crimea, en los umbrales de la muerte, en que suelen brillar con claridad especial los rayos de la eternidad, llevaban su mano agitada y convulsa á la medalla de la Santísima Virgen, que una madre ó una hermana habian colgado á su cuello al salir del hogar doméstico, y la fé alumbraba sus inteligencias é inundaba sus corazones de inesperados consuelos. Clamad, clamad, hermanos nuestros, á María, como los tiernos hijos claman á su madre en todos sus apuros y necesidades. • Ella, por cuyo medio fué regenerado el mundo, puede ahora renovarle. No dudemos, ni de su poder ante Dios, ni de su bondad para con nosotros.

Continuemos en nuestras ligeras observaciones.

Entre las varias acusaciones calumniosas que se han querido hacer contra la religion católica que tenemos la dicha de profesar, ha sido una que sus máximas y consejos hacen á los hombres cobardes,

pusilánimes ó egoistas. Toda la historia desmiente tan impía como temeraria asercion. ¿Cuál de las falsas religiones, cuál de las sectas separadas de la Iglesia romana podrán presentar un catalogo mas numeroso de fieles servidores de su patria, de grandes hombres de Estado, de hombres de sacrificio; de impávidos y esforzados guerreros? Eran aun gentiles los emperadores romanos, y opresores sistemáticos de los cristianos, y sin embargo, estos se distinguian en el ejército por su serenidad é intrepidez en los combates. Millares de hechos de los mas notables y solemnes de la historia podríamos citar para probar la favorable influencia que la religion católica ha ejercido en todos los ramos de los Estados que la han abrazado, y muy especialmente en el buen orden, disciplina y valor de los ejércitos; pero vuestro buen sentido y los hechos recientes nos ahorran este fácil trabajo. La historia de la guerra de la Crimea dejará consignado, entre otras cosas muy honoríficas á la religion católica, que ella es la religion de los valientes. Volved á leer algunos de los pasages que os hemos presentado, y os convencereis que el valor racional, la fortaleza constante y que no desfallece en ningun caso, la mirada serena al peligro, la marcha tranquila á la muerte, es en un *buen católico* un acto espontáneo y hasta *deleitoso*, como lo es ordinariamente en los corazones nobles el cumplimiento de los grandes deberes.

¡Oh vosotros, padres de familia que conocéis estas verdades, y veis, por otra parte las peligrosas asechanzas del siglo: velad, velad os rogamos sobre vuestros hijos, temiendo siempre los tremendos cargos que el Eterno Juez ha de haceros un día sobre esto! Procurad instruirlos por vosotros mismos, ó por medio de maestros idóneos y bien probados, en la doctrina católica, y, sobre todo, procurad inspirarles con vuestro ejemplo, amor y respeto á esa religion santa y divina á quien somos deudores de tantos bienes individuales y de tantas glorias nacionales. Temblad por su suerte y por la vuestra, si sois descuidados en punto de tan trascendental interés. Lágrimas de amargura abrasarán un día vuestras mejillas, y el rumor de la ignominia cubrirá vuestras ancianas frentes, si ahora por una criminal condescendencia descuidais la educacion de los que el cielo os ha confiado. Procurad formar en ellos hábitos de virtud; haced que practiquen los deberes religiosos segun los fórmula y prescribe la Iglesia santa nuestra madre, y segun los practicaron nuestros antepasados, que por lo mismo fueron grandes y asombraron al mundo con la gloria de sus hechos. Por las entrañas adorables de Jesucristo os rogamos y encarecemos que vigileis muy especialmente para evitar que el contagio

de las malas doctrinas estinga en vuestros hijos la fé que recibieron. Todo se va inundando de ese veneno pestilencial que ya hoy corroe muchos corazones. En no pocos libros y folletos, y aun en algunos periódicos, se predica el error con escandalosa impudencia, y se insulta á la Iglesia, depositaria de la verdad. Si no poneis una barrera entre este torrente, que se va desbordando cada vez mas, y vuestros hijos, ¡ay de ellos! ¡ay de vosotros! ¡ay de la patria á que pertenecemos! ¡ay de todos, individuos, pueblos y naciones que, despues de haber recibido la luz del cielo, la menosprecien y rechacen!...

(Concluirá.)



NOVENAS DE S. ROQUE.

Abogado contra la peste.

Se hallan de venta en la Imprenta de este Boletin, á real cada una.

Los señores párrocos, ecónomos y demás personas que gusten adquirirlas, se servirán pasar á recogerlas ó avisar para que se le remitan por el correo.



ASTORGA.=1856.

Imprenta de D. Antonio Gullon.